

DIARIO DE VIAJE

LA LLAVE ENCONTRADA. TOLEDO, SEGOVIA Y ÁVILA

Clemente Corona



CAMINOS DE
SEFARAD
RED DE JUDERÍAS DE ESPAÑA

#DescubreSefarad

WWW.REDJUDERIAS.ORG



Clemente Corona

Clemente Corona es un periodista madrileño que ha publicado más de 20 guías de viaje de todo el mundo, el e-book *Los galgos grises: crónica de un viaje* por los **Estados Unidos** y ha colaborado en medios de comunicación nacionales (**Esquire, Harper's Bazaar, Grazia, Shopping & Style, Savia**) e internacionales (**Monocle, Excelsior, La Tribuna, Top Magazine**), además de haber sido redactor jefe de revistas como **ClubCultura** o **Miss Esquire**, director editorial de la revista y web **Viajeros Barceló** y máximo responsable de las webs oficiales de algunos de los más destacados creadores en lengua española.

Su carrera profesional ha estado ligada al marketing y la comunicación desde hace más de 20 años, en los que ha ocupado puestos directivos en empresas como **Fnac España** o **Barceló Viajes**, y actualmente dirige **TGV Lab**, agencia de marca y contenido especializada en Turismo que, desde 2012, ha desarrollado acciones y estrategias de marketing para organismos de promoción turística y empresas como **Deutsche Bahn AG, VisitBritain** o **Grupo Barceló**, y que cuenta con sus propias plataformas de contenido y venta **B2C**.

DIARIO DE VIAJE

LA LLAVE ENCONTRADA. TOLEDO, SEGOVIA Y ÁVILA

Clemente Corona

En el mapa de España de finales del siglo XIX que cuelga en mi despacho trazo con la mirada una línea que une Toledo, Segovia y Ávila, tres lugares telúricos que llenan la boca al pronunciar su nombre y hacen retumbar los cinco sentidos. Tocas, hueles, paladeas, oyes y, desde luego, ves, con una claridad evidente como en pocos lugares, que si los países, pueblos, territorios -táchese lo que se quiera- se corporeizan, lo hacen así: rotundamente, con piedra, con silencio y quietud, con cielos limpios, con recetas antiguas y guardando los mismos caminos -alumbrados por el mismo sol y bajo el mismo azul, enmarcados por el mismo perfil urbano- por los que andaban los toledanos, segovianos y abulenses de hace seis siglos; el mismo camino que fueron forzados a desandar, hace más de cinco siglos y para siempre jamás, todos ellos -hermanos, compatriotas: nosotros mismos, sin tachaduras- solo por ser judíos.

Quien viaje, busca, y quien busca, encuentra; y yo, que como mejor me encuentro a mí mismo es pateando lugares que no conozco, aprendiendo lo que no sé, pisando dónde no he estado, busco en este viaje por Sefarad saber más sobre mi país y observar algunos de sus lugares a través de un prisma que no he usado nunca. Me aguarda un viaje en el que me encontraré lienzos de vida que se enredan y crecen, como la hiedra, en calles y callejuelas empedradas de las juderías de las capitales castellanas, que reclaman lo que fueron -motivo de orgullo, centros de sabiduría, lo mejor de nuestro país- en forma de sinagogas, de yacimientos arqueológicos, de sabores de antiguas o reinventadas recetas sefardíes; de simples placas y coquetos museos, de casas antiguas que acogen talento, de documentos que, negro sobre blanco, hablan. Todo habla en nuestras juderías a quien quiere escuchar: y la llave de la leyenda que abre los portones la empuñan hoy nuestra curiosidad y nuestra búsqueda de identidad, porque de donde cuelga la llave - el patrimonio, la gastronomía, la cultura- siempre ha estado ahí. Aunque no hayamos querido, sabido o podido verlo.



TOLEDO

Cruzo de buena mañana la rotonda que me separa de la Puerta de la Bisagra, y lo hago atendiendo a su Arco de Triunfo, pensado por Covarrubias a mayor gloria de Carlos V y de Felipe II, pero sobre todo al tráfico que, en esta mañana toledana de calor mesetario de agosto, es tan intenso como de costumbre. Atravieso la puerta del Sol y camino bordeando el contorno de la judería toledana, a la que entro por el Corral de la Campana para callejear hasta atravesar Zocodover.

Paseo bajo las paredes de ladrillo visto adornadas de geranios y señalética de las callejuelas de la judería, que dibuja en Toledo el mismo hilo de calles que hace seis siglos. Aún siendo agosto, Toledo me regala lapsos de quietud que hacen que viaje atrás en el tiempo: la sensación de estío y la reconfortante sombra que proyecta la pared enladrillada en un amplio tramo de calle no sería muy distinta de la que sentiría cualquiera de los habitantes de esta aljama, que llegó a ser la más grande de Europa, en esa Toledo mítica de las tres culturas. El mercado hebreo se levantó en lo que sería este monasterio de San Juan de los Reyes que respuntea esta linde de la judería, la calle de los Reyes Católicos, donde también asoma la neo-mudéjar Escuela de Artes y Oficios de Toledo, que no me interesa, porque acudo al reclamo del arco de medieval de la calle del Ángel, que me abre la ruta a la Cava Baja, y por la que subo, evadiéndome de las colegialas que publican en su Snapchat imágenes de la Escuela. Adosada al arco en el que arranca la calle hay una casa judía, cruzada de cables telefónicos negros como la pez, bolardos y señales de tráfico que se empeñan en afean mis fotos.

Desciendo a los cimientos de la sinagoga de Sofer, excavados bajo la plaza, donde el agua desciende hasta perderse por el subsuelo, y me conmuevo ante el pequeño memorial que da cuenta de los toledanos asesinados por los nazis en los campos de exterminio durante la II Guerra Mundial. Memorial, exterminio, ruinas de cimientos, agua que cae al subsuelo: cómo no apreciar el paralelismo, involuntario, con Nueva York.

Poco más tarde entro en la joya de la judería toledana que es la sinagoga de Santa María la Blanca. La conmoción que siento es tan fuerte como la primera vez que la visité: la luz, el blanco, los volúmenes, la simetría, las dimensiones, incluso Covarrubias, me golpean para gritarme que la basílica es una rotundísima e incontestable obra maestra de la arquitectura pero, también, del sentimiento. Pongo rodilla en tierra para tener mejor tiro de cámara: no me canso de fotografiar y menos aún de contemplar las fugas de luz del blanco y oro de los arcos de herradura, acariciados por ráfagas de luz solar directa que se cuelan de la puerta de la basílica, y de los intrincados nidos de avispa de sus capiteles.

“

“La maravillosa Sinagoga del Tránsito -tal vez, la mayor y mejor muestra arquitectónica sefardí de Europa-, que fue construida a mediados del siglo XIV por Samuel Ha-Leví, gran rabino de la aljama de Segovia y tesorero del rey Pedro I.”

”

Fuera arrecia el sol con un no-sé-qué punitivo, y comparto con turistas rusos y norteamericanos la sombra del acceso al Museo Sefardí, la maravillosa Sinagoga del Tránsito -tal vez, la mayor y mejor muestra arquitectónica sefardí de Europa-, que fue construida a mediados del siglo XIV por Samuel Ha-Leví, gran rabino de la aljama de Segovia y tesorero del rey Pedro I, que vivió en lo que hoy es el Museo Casa del Greco hasta que el rey le mandó encarcelar y torturar.

El Museo, que fue en su día el oratorio, atesora todo tipo de objetos relacionados con la vida cotidiana de los judíos de la ciudad (y de todo Sefarad); pero es en el patio norte, en el pequeño Jardín de la Memoria, donde algunos turistas nos reconfortamos del calor a la sombra de sus tupidos árboles mientras nos dejamos llevar por las ensoñaciones, mecidos por visión de laudas sepulcrales -y donde, dos veces al día, se recrea un Jardín Sonoro, una recreación auditiva de sonidos de la judería medieval- mientras, al otro lado de la tapia, Toledo sigue su pausado ritmo agosteano -alguna furgoneta de reparto, alguna motocicleta, una madre que regaña a su hijo... Yo vuelvo tras mis pasos y busco el sosiego y el frescor de La Dehesa de Majazul, un restaurante al lado de la basílica, donde recupero fuerzas tomando queso y vino *kosher* y repaso las imágenes de mi cámara, rehago mis notas, dejo que la tarde caiga sobre mí. Subo, que no bajo, la Bajada de los Descalzos, y soy el único en esta primera hora de la tarde en hacerlo: el palacio de Fuensalida irradia fuego hacia la plaza, y me oculto en la calle del Taller del Moro, a la sombra del Museo. Me refugio -me parapeto, casi- en un bar cualquiera, bajo el chorro del aparato de aire acondicionado, hasta que siento que Toledo se despereza y yo, con ella.

“

“Doy con la renacentista puerta del Cambrón, la “puerta de los Judíos”: se acaba la judería, pero no Toledo, que luce como siempre, como debe lucir, como el tesoro que es”

”

Ahora, sí: desmadejo mis andares por el corazón de la ciudad, que es el de la judería, hago fotos aquí y allí, bajo y subo las mismas calles deteniéndome por un dintel, un entramado, una placa en la pared, y la higuera que se asoma tras la tapia de ese corral llena con su fragancia este callejón sin salida donde coexisten muros de adobe con otros de hormigón pulido y perfección casi clínica: otra metáfora de pasado y presente que aún no es futuro, de fusión de viejo y nuevo, de ido y por venir, que tan bien le sienta a Toledo. Cuando me quiero dar cuenta, el sol se ha metido por alguna callejuela para no salir hasta el día siguiente, y doy con la renacentista puerta del Cambrón, la “puerta de los Judíos”: se acaba la judería, pero no Toledo, que luce como siempre, como debe lucir, como el tesoro que es, desde el otro lado del Puente de San Martín.





SEGOVIA

Ningún día puede ser malo para un viajero si lo comienza contemplando cómo la primera luz de la mañana acaricia el Acueducto de Segovia. Camino por la calle Juan Bravo camino de la calle de la Judería Vieja, a donde llego no sin antes detenerme ante la iglesia de San Martín y, por supuesto, ante el portón que da acceso a la iglesia de las clarisas del convento del Corpus Christi.

Atravieso su arco gótico y cruzo el patio empedrado, pero no entro -no dejan tomar fotos, y ya lo conozco- y escucho ante su puerta a Laura, la persona que me acompañará hoy en mi paseo por la Judería de Segovia, que me dice que en tiempos fue la Sinagoga Mayor de la que fue una de las mayores juderías de Sefarad, y que también fue, es, un ejemplo perfecto de ciudad medieval: no hubo diferencias entre los métodos de construcción de cristianos y judíos más allá de pequeños detalles decorativos, y además las viviendas de ambos eran en grandísima medida propiedad de la Catedral de la ciudad, que, tras la expulsión y las guerras comuneras, levantó su nuevo templo sobre lo que fueron muchas de ellas.

Paseamos por esta calle de la Judería Vieja y Laura me cuenta que estas callejuelas que, hoy, cotizan en lo alto del mercado inmobiliario local, fueron durante mucho tiempo abandonadas, dejadas, con fachadas de las que se caía el revoco a la calle dejando a la vista los muros y los dinteles de ladrillo visto, de siglos de antigüedad, sin que a nadie le importara.

Yo escucho y no doy crédito: pasear por estas calles es hacerlo por calles bellamente restauradas: el 97% del total de las viviendas de la Judería se han intervenido y rehabilitado en los últimos años.

Nos detenemos en la esquina de la calle de la Judería Vieja con la calle de la Puerta de Sol, en una de las esquinas del imponente palacio de Abraham Senneor, un alto cargo de los Reyes Católicos que construyó esta recia e inmensa casona castellana -pues castellana es: muros gruesos, de ladrillo y encofrados como los que rodean las casas en un pueblo de Valladolid- que alberga el imprescindible Centro Didáctico de la Judería, un pequeño museo asomado a un patio interior del palacio y en el que, esta mañana, suenan canciones sefardíes y explicaciones en hebreo moderno de un guía a un grupo de turistas. Muy cerca está la que, se cree, es la única casa judía de toda la Judería que se conserva con la distribución con que fue construida en algún momento de la Edad Media, un estrecho edificio de cuatro alturas entre medianeras de fachada color albero y un bello esgrafiado que es más de lo que parece a primera vista.

“

“El 97% del total de las viviendas de la Judería se han intervenido y rehabilitado en los últimos años”

”

Es, sí, un taller de alfarería -y así lo anuncia su puerta- en la que se amasan y venden obras de barro, pero es, sobre todo, un faro con un farero: un farero que amasa, esculpe, escribe... Ignacio, este farero, me recibe entre figuras de barro que representan oficios de la ciudad y me conduce a la última planta, donde está su estudio. Ignacio es ceramista y escritor, animador de la escena cultural segoviana y paseante: me habla de un libro suyo sobre una tierra mía, la de Pinares, y su estudio es un camarote repleto de lo que debe estarlo el de un autor: cierta mezcla de útiles de escribir, un portátil con algunos años y muchas páginas que descansa sobre la mesa de una máquina de coser Singer, libros en estantes clavados con escuadras a las paredes centenarias, cachivaches... Me despido de él, pensando que pocos usos mejores puede tener esta casa judía de tragaluces, escalones irregulares y muros gruesos que el ser, más que un monumento vivo, un faro con farero.

Pocos minutos después, a un puñado de metros, en una austera dependencia de la catedral en la que se respira devoción por el estudio y la herencia, Boni pone ante mí un legajo del siglo XIV que apenas me atrevo a mirar por miedo a que se desintegre mientras me explica rápidamente el devenir de la judería. Miro a la clara y definida caligrafía medieval de 1302 con la misma ignorancia con que miraría a los mares de la Luna, y Boni -que se me antoja, ante el pergamino, más entomólogo que doctor en historia medieval- me descifra las abigarradas palabras, que hablan de herencias, pagos y deudas saldadas. El casero lo sabía todo de sus inquilinos: las rentas que pagaban los judíos de Segovia a la Catedral está recogido en los Libros de Pitanzas, que son solo parte de los tesoros que encierran los más de cuatrocientos metros de este Archivo Catedralicio que atesora, como en ninguna otra parte, la historia escrita de la Judería de Segovia.

“

“El cementerio judío de Segovia, un bello fonsario que domina la ciudad y que comenzó a excavarse a finales del siglo XIX”

”

Seis años de escrupulosas y respetuosas obras están detrás de La Casa Mudéjar, un hotel spa que es mucho más de lo que le podría parecer a un paseante despistado o un viajero que cae en una web de reservas. Raquel, su propietaria, me cuenta, con la claridad de detalles que da el orgullo del trabajo bien hecho, las vicisitudes que han pasado desde que su familia adquirió el edificio mudéjar, cuya historia se pierde en el tiempo y que se encontraba prácticamente en ruinas, hasta dejarlo en el estado en que está hoy: una maravilla por la que late mucho del espíritu de la Judería de Segovia. Años de obras y mucho trabajo en los que se descubrieron incluso termas romanas -los restos romanos más importantes de la ciudad después del Acueducto-, la única parte visitable del foso celta que protegía a Segovia en tiempos prerromanos, o uno de los aljibes más grande de la ciudad: un auténtico viaje por la historia de la ciudad que Raquel narra apasionadamente, bajo los artesonados originales mudéjares que decoran los salones del hotel. Nos deleitamos con una exquisita muestra del recetario sefardí con toques contemporáneos que nos sirve en su restaurante, y reposamos y repasamos lo visto antes de emprender la última etapa de mi gran viaje por la judería de Segovia, una última etapa que lo fue literalmente para muchos: la que emprendían los cortejos fúnebres desde el interior de la judería hasta el cementerio judío de Segovia, un bello fonsario que domina la ciudad y que comenzó a excavarse a finales del siglo XIX.

El trayecto que, desde la plaza del Corpus Christi, conduce a él, es idéntico al que se realizaba en aquella época, y lo realizamos acompañados de casi, casi, el mismo perfil urbano que se levantaba en el siglo XV. Atravesamos la Puerta de San Andrés dirección extramuros hacia lo que se conoció durante siglos como El Pinarillo, la ladera izquierda del río Clamores, frente al lienzo de muralla que hay entre la Casa del Sol -que fue el matadero de la judería y hoy, Museo de Segovia- y el Postigo de la Luna. Atravesamos una bucólica explanada regada por el río, repleta de sauces, olmos, chopos, acacias, donde hay alguna pareja que se besa, algún paseante que camina pensando en sus cosas, y salvamos el curso del río cruzando el puente de la Estrella en dirección al camino en pendiente que se conoce desde hace siglos como el camino de los Hoyos y que nos lleva a los dos conjuntos de tumbas -26 cámaras hipogeas y alrededor de medio centenar de sepulcros- excavados en la ladera. Todas ellas, orientadas con la cabeza al oeste y los pies, al este, mirando a Jerusalén. No creo que haya un lugar desde el que Segovia luzcatan bella, tan esplendorosa, tan pura: y me cuesta hacerme a la idea, en este atardecer veraniego, que esta ladera era tierra de llanto, de separación. Los años lo borran todo: todo, menos la roca en que se tallaron las cuevas que guardan los nichos, y que acogieron los sepulcros: perdura, porque es parte de Segovia, de su carácter.





ÁVILA

Ávila es adusta, nieve o luzca el sol. Lo es la luz blanca, fría como la mañana serrana, que hace que los abulenses se paseen por la ciudad vestidos con abrigos técnicos y pidan –y yo, con ellos- café con leche caliente en las terrazas de la plaza del Mercado Grande, adornada por la iglesia de San Pedro.

Un bellissimo templo románico que se cuela en mi crónica por haber albergado el juicio a los sefardíes implicados en el caso del Santo Niño de La Guardia –y en el que, en el mejor estilo de la Inquisición de la época, se acusó sin fundamento y quemó posteriormente a un grupo de judíos y conversos por haber cometido un asesinato ritual del que no hubo nunca denuncia, ni desaparición, ni cuerpo, ni nada. Ahora, un padre toma fotos a sus hijos ante la fachada del templo, y ríen, y continúan su camino: y eso me parece bien, es como debe de ser. Termino mi café y camino en paralelo la muralla hasta llegar a la Basílica de San Vicente, uno de los mayores y mejores templos románicos de toda España, donde dice la tradición está enterrado un maese judío que, tras convertirse, construyó en el siglo IV la iglesia original sobre la que se levanta la actual. La mañana está fría, y por eso somos pocos los que caminamos en silencio por la basílica; hay más gente en la puerta del Alcázar, haciéndose fotos y *selfies* con la estatua de Santa Teresa de Jesús o, ya intramuros, tomando por el hombro la de Alfonso Suárez.

Los turistas hacen cola para acceder a la Catedral, pero yo me dirijo hacia la plaza del Mercado Chico, límite de la Judería de Ávila, donde hubo muchos comercios y talleres regentados por judíos y que fue el corazón de una judería de la que hoy no ha quedado más que constancia documental, algún elemento arquitectónico aisladísimo y, eso sí, el mapa urbano, un dédalo de calles y callejuelas que caen en pendiente hasta el Adaja.

Estoy en la calle de los Reyes Católicos. Aprecio la paradoja porque esta calle fue, de largo, y con el nombre de calle de Andrín, la más importante de la judería de Ávila: nada más comenzar la calle estaba la sinagoga de Belforad, sobre la que construyó la actual capilla de Nuestra Señora de las Nieves y, en el callejón, por donde se entraba a la Casa del Rabino adjunta a la sinagoga, está –en ese mismo lugar- la Hospedería de la Sinagoga.



Tiene un par de ventanas abiertas y el aire hace flamear sus cortinas: llamo a la puerta sin éxito, así que vuelvo sobre mis pasos y echo a andar por la calle, repleta de comercios anclados en algún momento del siglo pasado: mantequerías, bares atendidos camareros de pajarita, ferreterías de género infinito, tiendas de confección de escaparates repletos de pijamas de tergal, un restaurante donde Alberto cocina antiguas recetas sefardíes... La judería de Ávila no tiene la rotundidad arquitectónica de la de Segovia ni el trasiego de la de Toledo, es más íntima: las casas son modestas construcciones castellanas de una planta -muchas de ellas sobre la misma planta que las casas judías que ocuparon esos solares- salpicadas de corrales, de algún edificio desarrollista de mediados del siglo pasado y, de cuando en cuando, de algún tesoro, como la iglesia de San Esteban o el arco de ladrillo apuntado que recorre la fachada de una casa en la calle del Pocillo y que es de una sinagoga de mediados del siglo XV.

O las Tenerías, extramuros, excavadas. La judería de Ávila, hoy, es eso: recuerdos, detalles, esquivas. A eso quedó reducida, como quedó nuestra identidad, amputada. Reflexiono sobre ello en el remanso de paz que es el jardín de Moshé de León, el autor del *Libro del Esplendor*, uno de los grandes místicos abulenses. “Hay momentos en que las almas que están en el Jardín suben y alcanzan la puerta del cielo...” La puerta que tengo ante mí es la de la Malaventura, la que daba acceso directo a la Judería y que, ahora sí, enmarca un cielo cálido -azul puro y despejado- que es también esencia de Castilla, como lo es el espíritu de Moshé de León, como lo es la herencia sefardita. Y es entonces, en silencio y quietud, cuando me he dado cuenta de que he encontrado lo que buscaba. He encontrado la llave, y abro la puerta, y la dejo abierta para que pasen el aire y la luz del sol, y quien quiera pasar acompañándoles. Como llegó a ser, como debe ser.

“

“La judería de Ávila no tiene la rotundidad arquitectónica de la de Segovia ni el trasiego de la de Toledo, es más íntima: las casas son modestas construcciones castellanas de una planta”

”



Tú tienes la llave para ser un Deseubridor

You have the key to discover
the world of the Sephardic Jews



Visita alguna de las ciudades del programa
“Deseubridores” de la Red de Juderías



Acércate a la **Oficina de Turismo** o a nuestras
localizaciones (consultar web) y solicita de
manera gratuita tu pasaporte



Sella tu pasaporte en las **Oficinas de Turismo**
o en nuestras **localizaciones** (consultar web)
de cada ciudad que visites



Cuando consigas **5 sellos**, recibirás
un Diario de Viajes, y cuando consigas
10 sellos, ¡un regalo muy especial!



¡Deseubre los Caminos de Sefarad!

ÁVILA • BARCELONA • CÁCERES • CALAHORRA • CÓRDOBA • ESTELLA - LIZARRA
HERVÁS • JAÉN • LEÓN • LUCENA • MONFORTE DE LEMOS • OVIEDO • PALMA
PLASENCIA • RIBADAVIA • SEGOVIA • TARAZONA • TOLEDO • TUDELA



CAMINOS DE
SEFARAD
RED DE JUDERÍAS DE ESPAÑA



www.redjuderias.org